

Si quereis, podeis al punto
Llevarlo á vuestra casa.
Tiene lindas propiedades,
Bien lo podeis admitir;
Nunca le veréis abrir
La boca, hablar necedades;
Todo lleno de bondades,
No os mentirá, yo lo fio,
Porque al fin es hijo mio;
Ni convertido en esponja,
Tentará con vil lisonja
Conquistar vuestro albedrío.

Aquí viene el chiquitín,
Todo ceñudo y mohino,
A quejarse del destino
De su fortuna ruin.
Llorando con retintín,
Dice en mudos desconsuelos:
«Tan mal me quieren los cielos,
Que con un padre me encestan
En cuya casa se gastan
Versos en vez de buñuelos!»
«Cuando yo pida confites,
Me dará unas *seguidillas*;
Y si pido almondiguillas,
Sobras de regios convites;
Allá de los escondites
Donde sus papeles guarda,
Sacará con mano tarda
Algun sucio enadernillo;
Y dirá: Escucha, chiquillo,
Un soneto á Belisarda.

«Si acaso á ser esqueleto
Dios al mundo me ha enviado,
Ha sido muy bien trazado
Hijo hacerme de un discreto;
Con su toga no me meto;
Pero, según ya barrunto,
La que hoy obtiene por junto,
Aunque á la esperanza brinde,
Me parece que nos rinde
Gran follaje y poco unto.»
«Esto dice allá entre sí
El chiquillo impertinente;
Mas yo, que amo seriamente
La dignidad que hay en mí,
Procuro endulzar así
La causa de sus temores:
«Hijo, á máximas mejores
Yo acostumbraré tu seso;
Sé justo, recibe un beso,
Ama la virtud, no flores.
«En tí la virtud florecea,
Crecza la sabiduría;
Que no faltará algún día
Quien, creciendo así, te acrezca;
Aunque su copa te ofrezca
El ocio en sabroso encanto,
Huye de él con espanto;
Que al benemérito, entiende,
Cuando el poder no le atiende,
Le atiende el público llanto.»

ROMANCES.

I.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA.

Contaros, señor, un cuento
Quiere una musa extrêmeña;
Porque, como en ocio vive,
Tiene a estilos de vieja.
Si rústica os pareciere,
Pensad, señor, que os presenta
Los frutos de su provincia,
Que la industria no adultera;

DON JUAN PABLO FORNER.

Frutos nada cortesanos,
En cuya tosca apariencia
La robustez que atesoran
Sencillamente demuestran.
La patria de los Corteses,
Toda de montes cubierta,
De encinas toda crizada,
Y hecha emporio de la hierba,
No será mucho que engendre
En sus opacas malezas
De cruidos montaraces
Raza desgredada y fiera;
Y no extrañéis, Conde excelso,
La comparación grotesca;
Que sin favor tierras y hombres
Quedan siempre para bestias.
Basta de prólogo; al caso:
Démonos prisa; no sea
Que á caza de mis coplillas
Ande algún crítico en vela.
Pues, señor, érase un día
En que á la hora que despliega
Su cándido manto el alba
Para encubrir las estrellas,
Del sediento Manzanares
Pisaba yo las arenas,
Muy obeso de esperanzas
Y muy flaco de pesetas.
Que se halle así no lo extraño
De quien estudiando espera:
No es mía; del buen Cervantes
Dicen que es esta sentencia.
Con sosegado embeleso
Repasaba en mi mollera
Grandes casos de fortuna
Que mienten historias luengas.
Sin almorzar, cosa es clara
Que todo honrado poeta
Puede á la orilla de un río
Delirar á menté suelta.
El sonreír de la aurora,
La bulliciosa cadencia
Del agua que mansamente
Se quebraba en las guijuelas;
El regalado rocío
Que á las flores ya despiertas
Para la pompa del día
Daba guarnición de perlas;
El sol, que, al último extremo
Del rojo horizonte, ostenta
Los visos mal apagados
De su magnífica hoguera;
La matutina frescura
Del aura alegre y traviesa,
Que ya en las flores se mece,
Ya en las aguas juguetea;
La lejana perspectiva
De cumbres que el valle cercan,
Y con azuladas masas
Fingen que se transparentan;
Las festivas avecillas
Que el aire cruzan ligeras,
Cantando al sol la alborada
Con variedad halagüeña.
En fin, señor, mil objetos
En que la naturaleza
Derramó de sus delicias
Toda la ufana opulencia;
Delicias que aunque á los hombres
Se destinaron, reserva
El buen gusto de las córtés
Para los versos y aldeas;
Hiriéndome vivamente,
Pudieron con su belleza
Distrar de mi memoria
Las congojosas ideas;
Y llevándola á discursos
De erudito que no almuerza,
Enajenada mi mente,
Creyó ver esta comedia.
Trasladado á antiguos siglos,
Me pareció que á las puertas

Del gran palacio de Augusto
Observaba yo á Mecénas.
Este, que, nieto de reyes,
Manejaba con el César
Del vasto imperio del orbe
Las no bien seguras riendas;
Acompañado de Horacio,
De la habitación excelsa
Salía entónces, tratando
Del mérito de un poema.
Asaltáronle á manadas,
Luego que le vieron fuera,
Pretendientes perdurables,
Célebres en esta ciencia.
Memoriales, quejas, ruegos
Ferozmente menudcan
Sobre el infeliz valido,
Que oye con grata paciencia;
Cuando asaltándole un bruto
De aquellos que se lamentan
Porque á costa del erario
Su ineptitud no se premia;
De aquellos que el ser molestos
Por merecimiento cuentan,
Y lo que al sabio se debe,
Por importunos le pescan:
De aquellos que arrellanados
Las antesalas atestan,
Y al crujir de la mampara
Para el asalto se ordenan;
«Diez años de pretensiones
(Dijo con voz corpulenta)
No me han conseguido el puesto
Que pido por justa deuda;
«Y diez tristes versucillos
De ingenios que sólo sueñan
A los Marones y Horacios,
Han dado honores y haciendas.
«Linda justicia, por cierto,
Gastar las públicas rentas
En enriquecer á ociosos
Que sílabas encadenan!
«Bella gloria de un ministro
De quien todo el orbe cuelga,
Meter en su gabinete
Locos, llamados poetas!
«Política prodigiosa,
Fiar á tales cabezas
La amistad del que en sus hombros
El público bien sustenta!
«Y yo, que te he presentado
Diez proyectos, seis empresas,
Con prolijidad copiadas
En hermosísima letra;
«Yo, que he dado cien arbitrios
Para que el erario crezca,
Trasquilando tres provincias
Con imposiciones nuevas;
«Yo, que no he desperdiado
Mi tiempo en otras tareas
Que en ser sombra eterna tuya
Con sufrimiento de piedra;
«Yo, que frecuento arcadauces,
Y busco y corro las sendas
Por donde desde el empeño
A la adquisición se llega;
«Yo, que á esclavos y libertos
Hago dos mil reverencias,
Y á caza de secretarios
Ando cual perro de presa;
«Yo (digo), tan revestido
De tan eminentes prendas,
Echo los bofes, y... nada:
Nunca salgo de mi rueda.
«Con una risita zaina
Me escuchas; into con fuerza:
Mucha blandura en tu rostro,
Y tu voluntad muy terca;
«Y con esa voz meliflua
Y esa suavidad perversa
Que el diablo puso en tu boca
Para domar impacencias,

«Me encajas la negativa,
Tan dulce, tan placentera,
Que aun tengo que agradecerle
Que mi pretension no atiendas.
«Pues no ha de ser...» Encendido
En cólera verdinegra,
Bañado de espuma el labio,
Aquí llegaba en su arenga;
Cuando, cansado el Ministro
De indiscrecion tan grosera,
«Nunca (dijo) me ha pesado
De escuchar palabras necias.
«El necio que calla, engaña,
O en duda su opinion deja;
Si habla el necio, le conozco
Y á despreciarle me enseña.
«Me culpas de que llamados
A mi retiro, á mi mesa
Horacio, Polion, Virgilio,
Logran lo que tú deseas;
«Y porque no te prefiero
De la divina influencia
Que inspira el cielo en los vates
Te burlas con torpe lengua.
«Mas di, misero: los triunfos,
Que al Capitolio encadenan
Provincias, reinos, regiones
Cuántas abarca la tierra,
Y al crujir de la mampara
De las divinas camenas,
Los ánimos no inflamarán
De la juventud guerrera?
«Estimulado á la gloria
El héroe que á serlo empieza,
Oye la trompa de Homero,
Y corre á la lid sangrienta.
«Las águilas vencedoras
Que el orbe todo venera,
Tal vez deben sus legiones
Al himno que las celebra.
«A mi lado quien me cante,
Quiero yo, glorias ajenas,
Que así á emularlas me incita
Y mi obligacion me acuerda;
«No de aduladores bajos,
Vil grey que todo lo aprueba,
Y soleando el vicio,
Le produce ó le acrecienta.
«Compañía abominable,
Por quien almas muy excelsas,
A acciones grandes nacidas,
En monstruos fieros se truecan.
«El hombre á quien la fortuna
O su talento le entregan
La suerte de los mortales,
Que á su voluntad modera;
«Ejemplos á cada punto
Debe esenchar que le enciendan
A medir de las virtudes
La poco usada carrera;
«Que el poder da á los halagos
Del vicio fácil oreja,
Y no sabrá acciones grandes
Si al que las canta la cierra.
«Tal es el destino ilustre
Que el cielo mismo encomienda
A la inspiracion sagrada
Que en sí los versos hospedan.
«Así el hijo de Filipo,
De noche en la régia tienda,
Consultaba sus victorias
Con el Apolo de Grecia.
«La gran mole que habitamos,
A cuya vasta opulencia
Tributa postrado el orbe
Cuanto en su círculo engendra;
«Las doctas obras del arte,
Por cuya industria estupenda
Durán en bronce los héroes
Que fúnebre vaso encierra;
«Los obeliscos altivos,
Y la triunfal eminencia

De los arcos que al soldado
Su digna entrada le muestran;
«Las aras donde frecuentes
Las hecatombes humean,
Y en sangre empapado el mármol,
Nuestra piedad reconcentra;
«Perecerán, sí; en fragmentos
Desfigurada y deshecha,
Verán los siglos futuros
Tal pompa, tanta grandeza.
«De mi persona caduca
Será breve la existencia;
Moriré, y á mis estatuas
Igual suerte las espera.
«Sólo Maron, sólo Horacio
Vivirán edad eterna,
Y en su gloria inextinguible
Irán mi memoria envuelta.
«Entónces cuando en sus versos
Mi justa munificencia
Por ocio en tiempos remotos
Algun poderoso lea,
«Verá que el grande Octaviano
Si de la Parca funesta
Privilegió los recuerdos
Destos instantes que reina,
«No al cántabro subyugado
Lo debió, no á la cruenta
Feroicidad con que Marte
Le acompañó en sus proezas;
«Sino al pacífico amigo
Que, ya cerrada la puerta
De Jano, trajo á su Roma
La eternidad de las ciencias.
«Verá que al arte inhumano
De destrozarse con reglas,
Sustituyó leyes santas
Que vivifican y aumentan;
«Verá á nada reducido
Cuanto no existe en las letras;
Que, imágenes de la mente,
Son inmortales cual ella.
«Verá que el siglo de Augusto
Dió su lustre á la excelencia
Del hombre, haciendo que el hombre
Por su razon resplandezca.
«Y entónces quizá impelido
De la feliz competencia,
Que acciones grandes produce,
Aun sin designios de hacerlas,
«Al hombre por sus talentos
Estimará, por aquella
Participacion divina
Que al Sér supremo le acerca;
«No por oficios serviles
De interesada caterva,
Que sólo el poder adora
Porque él adorarse deja...»
Aquí llegaba el privado,
De cuya larga respuesta
No sé si rancias historias
Igual ejemplo conservan;
Cuando cortándole el hilo
Con amigable franqueza,
«Permiteme (dijo Horacio)
Que yo mi causa defienda.
«Bien sé que á este triste enjambre
De pretendientes postemas
Admirará que á un ministro
Trate yo con tal llaneza;
«Yo, que, nieto de un liberto,
Desde mi humilde ascendencia,
Gran Mecénas, á tu cuna
Mido distancias inmensas.
«Pero tú, que al noble estimas
Sólo cuando se renuevan
En él las altas virtudes
De los abuelos que cuenta,
«Y que noble solamente
Llamas al que desempeña
El cargo eminente de hombre,
Que es su dignidad suprema;

«A mi honradez concediste
Tal libertad, que por nueva
Desconocen los idiotas
De cuna humilde y de régia.
«Aquéllos, porque abatidos
De la ceñuda soberbia
Del áulico, sólo viven
A merced de la vileza;
«Y éstos, porque apoderados
Del mando y la prepotencia,
Piensan que es mérito propio
La necesidad ajena.
«Y tú, pretendiente infausto,
Que has arribado á la empresa
De hacer que el que manda al mundo
Huya tu encuentro y te tema,
«Razon tienes en quejarte
De habilidad tan siniestra,
Que la virtud solemniza
Y la iniquidad aterra;
«De un arte que hermoscando
Lo que tú y otros afean,
Hace que el hombre con gusto
Sus mismos vicios reprenda.
«Al númen que nos inspira,
Jamás el perverso incienso,
Porque al llegar á sus aras,
Con escarmiento le arredra.
«Cómo dictára Terencio
Sus inmortales escenas,
Si del corazón humano
Gran conocedor no fuera?
«Y el que á los hombres retrata
Porque sus genios peneira,
Cual usa de ellos en burlas,
Usará dellos en véras.
«Quien sabe pintar de Ulises
La simulada cautela,
Y de magníficas tramas
Urdir sabe una tragedia,
«Sabrá, llevado al palacio,
Si no urdirías, conocerlas,
Y amigo de la justicia,
Desenredar tramas ciertas;
«Catástrofe necesaria
Donde la ambicion no cesa,
Y á golpe sordo destruye
La dicha que le es opuesta.
«En los alumnos de Apolo
Nunca la ambicion impera;
Quien con un Dios comunica,
La tierra ve muy pequeña.
«Así no corre afanado
Tras la pompa lisonjera,
Que con su oropel no paga
Lo que conservarla cuesta.
«Ceniza, polvo, ruinas
En todo vé; en todo observa
Cadáveres venideros,
Que á otros sus locuras dejan.
«Fácil y parco alimento
Le enrobustece y sustenta;
No esclavo de las delicias,
Sino de él esclavas ellas.
«Sentimientos inmortales
Su espíritu sólo llenan;
Que un arte, toda del alma,
Sombras caducas desprecia.
«Tales hombres para amigos
Siempre el poder apetezca,
Si busca en las confianzas
Veracidad y pureza.
«Ser buen amigo lo sabe
Sólo quien poco desea,
Quien la lisonja persigue,
Quien la vanidad detesta,
«Quien desengaños amargos
Hacer agradables sepa,
Y al són de la dulce lira
Grata la verdad ofrezca.
«No ha miedo que en las desgracias
Pérdido la espalda vuelva,

Porque no teme desdichas
 Quien entre dichas no medra.
 »Granjería abominable
 No hará del favor que obtenga:
 La gloria será su norte,
 Y nunca es vil quien la anhela.
 »No hay héroe que de la fama
 Justa admiración merezca,
 Que el poético heroísmo
 Su inclinación no rindiera.
 »Los héroes y los Virgilio
 No son de edades diversas:
 A un tiempo los goza el mundo;
 Jove así su unión decreta.
 »El mal está en que, engañada
 La popular inocencia,
 A todo el que versos hace
 Le mide por igual regla.
 »Los fanáticos delirios
 De una atolondrada testa,
 Que el frenesí que padece
 Juzga que es llama febea;
 »Las insulsas frialdades
 De una fantasía yerba,
 Que tiene á versos divinos
 Las sílabas que numera,
 »Con la agitación celeste
 Confunde el vulgo en su idea,
 Y por cien cabezas malas
 Son despreciadas dos buenas.
 »Feliz una y muchas veces,
 Feliz la edad que discreta
 Distingue en las profesiones
 Calidades manifiestas.
 »Tal es, Mecénas, la tuya,
 Tal es, y por serlo, empieza
 Ya á dilatar su memoria
 Por ilimitada esfera.
 »Ya veo en futuros tiempos
 ¡Ay! en destrozados disueltas
 La inmensidad deste imperio
 Desplomarse con violencia.
 »Del estrago lamentable
 Fútiles vestigios restan,
 Que apenas confusamente
 Dónde imperó Roma acuerdan.
 »Tu nombre, tu amable nombre,
 Sobreviviendo á la fuerza
 De las invictas legiones
 Que de triunfo en triunfo vuelan,
 »Más allá de las ruinas
 De Roma su permanencia
 Dilatará, y de tu siglo
 Dará las mayores señas;
 »Que eternamente las artes
 Son del hombre compañeras,
 Y tu nombre será el nombre
 De quien las artes proteja.»
 Dijo; y haciendo festivo
 Su bellaca reverencia,
 Con Mecénas mano á mano
 Pasó por toda la hilera.
 En pelotones espesos
 Se empujan y se atropellan
 Quirites y senadores
 Con ansia de que los vea.
 Unos con blanda sonrisa
 La amiga mano le aprietan,
 Y de su importante vida
 Le piden alegres nuevas.
 Otros, menos familiares,
 Con voz sumisa ponderan
 (No tanto que no los oiga)
 Su despejada defensa.
 Este de su última oda
 Le da mil enhorabuenas,
 Y aquél le ruega, encorvado,
 Que en su memoria le tenga.
 Mas fué de ver que en el punto
 Que dió á la esquina la vuelta,
 Tomando aquellos semblantes
 Aire torvo, atroz fiereza,

Apiñados en corrillos,
 Con inquietud turbulenta
 Convirtieron los aplausos
 En murmuración blasfema.
 ¡Oh corte!—En esto sonando
 Por mi soledad amena
 Cien rebuznos espantosos
 De pollinos que allí huelgan,
 Con la música endiablada,
 Bien al revés de la egregia
 Que á Tébas dió fuertes muros,
 Dió al traste con mi novela.
 Sobresaltada mi mente
 (Porque es común experiencia
 Que donde los burros cantan
 El buen discurrir flaquea),
 Volviendo en sí de su arrobo,
 Se halló débil, macilenta,
 Revocada á la memoria
 De sus angustias y penas.
 Consideréme en mi estudio
 Al resplandor de una vela,
 Que trémula y denegrida,
 Más que ilumina, amedrenta;
 Preso entre cuatro paredes
 De una habitación caverna,
 Que si es lóbrega en verano,
 Para eso en invierno es fresca;
 Donde la benigna lumbre
 Del sol, que á todos recrea,
 Por dos rejas cerbatanas
 Se divisa allá á una legua;
 Rebujado en una capa
 Que sin jactancia pudiera
 Dar honrada celosía
 A un coro de recoletas;
 Consultando con difuntos
 Que en mis estantes se hospedan
 El modo de ser yo grande
 Cuando cual ellos me vea;
 Consideréme, repito,
 Entre tal magnificencia,
 Dictando á futuros siglos
 Tal vez gustosas tareas.
 De la patria defendida
 Tal logro la recompensa
 En edad que ya me advierte
 La ancianidad que me espera.
 En tanto que (á mi desgracia
 Permitid esta licencia,
 Señor, que en las aflicciones
 Ser suele alivio la queja),
 En tanto que cien menguados,
 De incapacidad completa,
 Con deslucir vuestras glorias
 Os pagan sus conveniencias.
 Y no recibais á injuria
 Verdad tan clara, aunque seca;
 Que vos elegís los sabios,
 Y hay mil que serlo aparentan;
 Hipócritas venturosos
 De enmascarada prudencia,
 Que amigos bien adulados
 Publican por verdadera;
 Sabios de que sus pasiones
 Las inclinaciones fuerzan,
 Mientras á subir aspiran
 Donde desplegarlas puedan.
 Yo, pues, señor, conociendo
 Que mi ineptitud extrema
 De ser docto en tales artes
 Eternamente me aleja;
 Y que el poder, combatido
 De máquinas que le cercan,
 Capitula tantas veces
 Cuantas le precisan brechas;
 Diógenes de poquito,
 En el tonel que me alberga
 Esperaré á que en muriendo
 Me reimprima la Academia.

II.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Romance familiar.

Después, señor, que la ausencia,
 Avara de vuestras dichas,
 Arrebató en vuestras gracias
 Todo su gozo á Sevilla,
 Quedó la pobre ciudad
 Tan macilenta y marchita,
 Que en ella todos parecen
 Tocados de la itericia.
 De amarillez y dolor
 Todas las caras se pintan,
 Usurpando el sentimiento
 Su oficio á las salserillas.
 Visteis, señor, un estanque
 Que desaguado deprisa,
 En el cieno de su fondo
 Lúgubres las ranas brincan,
 Y hablando bróncamente,
 Las orejas martirizan
 Al desventurado oyente,
 Que se halla forzado á oirlas;
 Tal la ciudad angustiada,
 Hoy á ranas reducida,
 Si antes de placer cantaba,
 Ya de pesadumbre chillaba.
 Y con razón; porque hablemos
 En puridad y sin cifras:
 Sin la vista del monarca
 ¿De qué nos sirve la vista?
 Después de ver sus bondades,
 Tan sábias, tan peregrinas,
 Que ni el trono las apaga,
 Ni el poder las amortigua,
 En cuyo rostro benigno
 Soberanamente brilla
 La majestad halagüeña
 Que á la adoración inclina;
 ¿Qué hemos de ver que nos llena
 El hueco de tanta dicha,
 Si aun quedan para más daños
 Las esperanzas vacías?
 Pues digo las perfecciones
 De la adorable Luisa,
 Reina á quien lo mujer basta
 Para hechizar sus provincias;
 De cuyo garbo y donaire,
 De cuya gracia atractiva,
 No hay voluntad que no quiera
 Reconocerse cautiva;
 ¿Dónde irémos á buscarlas
 En las andaluzas minas,
 Que á gnisa de mascarones
 La piel de sus rostros guisan?
 Porque es de saber, señor
 (Y el buen Montano lo diga),
 Que hembras sí, mas no mujeres,
 Se hallan en la Andalucía.
 Son hembras; porque de serlo
 Nos dan pruebas repetidas,
 Y también de aquesta prueba
 Dar podrá el Conde noticia:
 Pero mujeres no son,
 Si no mienten las boticas,
 Porque borrando sus caras,
 Siempre las llevan postizas.
 ¡Gran Luisa! ¡angusta reina!
 En vos sí que se divisa
 La pura naturaleza
 En su mayor gallardía.
 Sin el esplendor del trono,
 Vuestras prendas exquisitas
 Hacen que idolatra el pueblo
 Doble ante vos la rodilla.
 Nos dejásteis; ¡ah, paciencia!
 Pero hago voto, á fe mía,
 Mientras que no vuelva á veros,
 De hacer vida capuchina.
 Las barbas han de crecerme
 A manera de vedijas;

ROMANCES.

Que en lo que toca á pobreza,
 Ya hizo el voto mi gollilla.
 Y sin vos, mi Principito,
 Tan de Paz, que en su alma invicta,
 O no luchan las pasiones,
 O postradas se apaciguan;
 Cuya bizarra persona
 Sin ejemplar acredita
 Que caben en un sujeto
 Belleza y sabiduría;
 De quien atónita Europa,
 La diversidad admira,
 Del fino en el gabinete,
 La cordura en la milicia,
 La dulzura en la grandeza,
 El juicio en la edad florida,
 La urbanidad en el mundo,
 Y en el poder la doctrina.
 Sin vos, ¿qué hacen estas gentes,
 Sino en lluvia ó en moquita,
 Por narices y por ojos,
 Verter su melancolía?
 Nos dejó (dicen) el joven
 Que con riendas divididas,
 Con una al hombre mejor,
 Con otra al bruto domina.
 Os echan tanto de menos
 Todos, señor, cuanto fijan
 La idea en vuestras mercedes,
 Y no hallan con quién suplirlas;
 Los políticos profanos,
 Que en las tinieblas se abisman
 De los arcanos que el trono
 Recata tras sus cortinas,
 De Richelieu y de Cisneros
 Las memorias resucitan,
 Y que en vos sólo se logran,
 Sus dos cabezas afirman.
 Los finchados maestranes,
 Soldados de clase ambigua,
 Que en las campañas de Venus
 Más que en las de Marte lidian;
 Cuando en sus rocines montan
 Con su bella *nuestria*,
 Que sólo á correr enseñan
 Mamarrachos y cañitas,
 Dan qué reír fieramente
 A cuantos con arte digna
 Os vieron del bruto noble
 Manejar la fuerza activa.
 Las viejas os comparaban
 A Santiago de Galicia,
 Cuando en las famosas Navas
 Desbarató la morisma.
 Las muchachas remilgadas,
 Preciadas de sabidillas,
 Al Cid sobre su Babecca
 Pintiparado os hacían;
 Y en danza de reconocimientos
 Su humanidad conmovida,
 El caballo que montabais
 Miraban no sin envidia.
 Los doctores de la escuela,
 Que á manera de botijas
 Con sus bonetes japones
 Tapan el aire que abrigan;
 Por más que con colorines
 De mojiganga erudita,
 Espetados y serenos,
 Que saben algo nos finjan,
 Saben que sin hojarasca
 De huecas bachillerías,
 Las ciencias que ellos corrompen
 Vuestro saber purifica.
 Los reverendos togados,
 Negra y funesta familia,
 Que parece que en entierro
 Llevan siempre á la justicia,
 Cuyas lenguas sopalaudas
 Colgantes de la gollilla
 Trasforman en espantajos
 A los que á Dios más imitan,

Siendo así que á las espadas
 Profesan tremenda tirria,
 Porque tal vez á degüello
 La espada á la toga tira,
 Tan de véras os respetan,
 Con fe os aman tan sencilla,
 Que al veros ir, á cachetes
 Rompieron dosel y sillan;
 Y que en el templo de Astrea
 Sois de su deidad divina
 El sacerdote más puro
 Que en sus aras sacrifica.
 En fin, señor, vuestra ausencia,
 Como quien mal despabila,
 Dejó á oscuras la ciudad
 Y á tientas todos caminan.
 Y si así todos quedaron,
 ¿Cómo el fiscal quedaría,
 En quien de tantos afectos
 Los sentimientos se agitan?
 Ya en tasca de enamorado
 Ahogado el pecho suspira,
 Postrado el ánimo gime,
 Sellado el labio no chista.
 Ya del agradecimiento
 Siempre la memoria viva,
 Quisiera al nimen presente
 Tributar su idolatría.
 Ya de su agradable mesa
 Las sazoadas delicias
 Amargamente el recuerdo
 Le persigue y le fatiga.
 Allí el lazo cariñoso,
 Armas y letras unidas,
 Al prudente caduceo
 Lustre y apoyo ministran.
 Y allí también al retozo
 De la discreta alegría,
 Se desataban las gracias
 Con travesura festiva,
 Y en descomunal batalla
 De amasadas pelotillas,
 Era batida del *sardo*
 La catadura maldita.
 Del *sardo*, en cuyo visaje
 Naturaleza con risa,
 De carátula de diablo
 El prototipo delinea;
 Cuyas piernas, á manera
 De desparramada horquilla,
 A trompicones sostienen
 Un busto de lagartija;
 Cuya cabeza, trasunto
 De calabaza podrida,
 En el pezon del pescuezo
 Lánguidamente vacila.
 ¡Oh cuánto, señor, oh cuánto,
 La soledad repentina
 Destos dichosos momentos
 Mi memoria mortifica.
 Y notad que para alivio
 De este mal, que me lastima,
 Para manejar la horca,
 Voy á deponer la lira.

III.

Que el Rey haga tesorero
 A quien sin tesoro es,
 Es decir, que á sí se guarde
 Quien debe guardarse bien;
 En verso la enhorabuena
 Os doy, señor don Manuel,
 Porque siempre vuestras dichas
 Echan mi juicio á perder.
 Ni soy ni he sido poeta,
 Ni Dios tal peste me dé,
 Pero en tocando á locura,
 Bueno es loquear también.
 Dicen que el Rey es muy justo,
 Y lograr muy justo un rey

Es para que pierda el juicio
 Todo vasallo de bien.
 De su rectitud amable
 Mil pruebas España ve,
 Las ve España y las venera
 Con amor y aplauso y fiel.
 Hacer felices los hombres
 Sólo lo pueden hacer
 Dios y los reyes; y en esto
 De Carlos la gloria ved.
 Dicen también que su esposa,
 Grande en el régio dosel,
 No le va en zaga á su Carlos
 En rectitud y saber.
 Heroína á la española,
 Sabe nmir sin altivez
 A la airosa gallardía
 Un alma afable y cortés.
 Por sus gracias peregrinas
 Digna del sacro laurel,
 Se acredita sábia en todo;
 Bendígala Dios, amén.
 Toda su España la adora,
 Y no se equivoca á fe,
 Que en cuanto á mérito en damas
 Todo español es buen juez.
 Yo también (en confianza),
 Que un hielo soy desde que
 A filósofo metido,
 Perdí el tiempo y el placer;
 Al verla tan adorable,
 Tan divina, que á una vez
 Se ven en ella las prendas
 De deidad y de mujer,
 Por Dios que no me resisto,
 Y que postrado á sus pies,
 La idolatro acá á mi modo
 Como Dios me da á entender.
 En fin, á tales monarcas
 Ser tesorero debeis;
 Si los que la dan son tales,
 ¿Quién culpará la merced?
 Quizá no faltarán gozques
 Que mirándoos de traves,
 Os ladrarán á la espalda
 Las honras que mereceis.
 Y quizá lobos voraces
 En nocturna lobreguez,
 Os rondarán las venturas
 Como á la oveja en la red.
 Despreciarlos y observarlos,
 Siempre necesario fué
 A quien acumula dichas
 Que otros no debidas creen;
 Porque el mayor enemigo
 Del hombre grande (atended)
 Es su mérito, si logra
 Lucir en la esplendidez.
 Entonces la avara envidia
 Derrama con labio infiel,
 Calumnias que le denigren,
 Chismes de vieja soez.
 Niega el mérito, ó le tacha,
 Interpretando al revés
 Hasta las heroicidades
 Que admira el vulgo en tropel.
 La envidia es maldita bestia:
 La dicha que otro posee,
 La mira cual presa suya,
 Y no duerme hasta coger.
 Persigue al mérito, acecha
 Sus pasos con tal doblez,
 Que si le ve descuidado,
 ¡Adios! da en tierra con él.
 Y en los miseros despojos
 Cebándose la criuel,
 Se goza en su triunfo, y goza
 De su iniquidad despues.
 De apariencias halagüeñas
 No mucho, señor, fieis;
 No fieis, que muchos lobos
 Visten de oveja la piel,

Vulgar es este consejo,
Pero entendido tened
Que por vulgares las cosas
Tal vez sin uso se ven.
Enmascarado de oveja,
Con el rebaño novel
Se mezcla el lobo, halagando
A la inocentilla res;
La acaricia, la festeja
Con pérfida candidez,
Ya lame á este corderillo,
Ya retoza con aquél.
Así su golpe asegura,
Así le consume, y ¿pues?
Después de muerta la oveja,
Viene tarde el no pensó.
No basta la vigilancia
De dos ojos; cuatro, seis
Os prestarán generosos
Amigos sin interés.
Sin amigos no se afirma
La seguridad del bien;
Velen cuando el sueño os rinda,
Duerman cuando vos veleis.
Diréis aquí (cosa es clara):
Y á usted, señor mio, á usted
Quién le ha metido á golilla
Sin que el título le den?
Consejero entremetido
Descubre lo bachiller;
Yo lo soy para serviros,
Y así va mi parabien.
Ser golilla no es del caso,
Que juro á Dios lo seré
Si vos dais en que me ahorque
En argollon de papel.
Si un hablador lograr puede
Disculpa, sólo diré
Que amo tanto vuestras dichas,
Que eternas las quiero ver.
Que en amaros soy enfermo
De tan hidrópica sed,
Que en el agua de mañana
Pienso desde la de ayer.
La amistad justa y sencilla,
El bien logrado laurel,
Hará que rama no sea
Estéril en vuestra sien.
Un buen general no triunfa
Sin la ajena robustez;
Busqué el poder instrumentos,
Y será eterno el poder.
Ahora bien; basta de arenga,
Si con ella os fastidié;
Todo el que ama es importuno,
Y perdonárselo es ley.
Que daros la enhorabuena
Para dos años ó tres,
Pudiendo vos vivir ciento,
Fuera un mezquino querer.
Y yo os quiero para mucho,
Para mucho, ¿lo entendéis?
Pues bien; aunque me riñais,
Lo que os aconsejo haced.

IV (1).

Aquel guardia desdichado
Que ni á un se guarda á sí mismo,
Pues lleva en su propia panza,
Señor, su mayor peligro;

(1) Este romance es un memorial burlesco al Príncipe de la Paz, en favor de un guardia de Corps, don Francisco Bernabén, muy amigo de FORNER, de Moratin, de Estala y de otros insignes literatos de su tiempo. En una carta suya, que se conserva entre los papeles de FORNER, habla á éste de su obesidad, de sus trece hermanos, entre ellos nueve hembras solteras, y de otras circunstancias mencionadas en el presente romance.

DON JUAN PABLO FORNER.

Aquel cuya bandolera
Diez varas tiene de tiro,
Porque desde espalda á pecho
Gira un círculo infinito;
Aquel cuyo vientre inmenso,
Con profundidad de abismo,
Es una fonda ambulante
Y un lago de menudillos;
Tal, que si un día le birla
Su vida un rocín maligno,
Para cien pastelerías
Dará material cumplido;
Aquel, pues (pecho por tierra),
Porque besarla es su oficio,
Ante vos viene á postrarse,
Por un fiscal conducido.
Y notad de sus desgracias
Los extremos inauditos;
Que á quien en horcas se ocupa,
Su protección ha pedido.
Bien sé que os será pesado,
Y éste es su mayor martirio;
Que no ser pesado un gordo,
Muy pocas veces se ha visto.
Es tan pesado, señor,
Que le pesa haber nacido,
Para molerse y moleros
Y moler á sus amigos.
Mas ¿qué ha de hacer el cuitado,
Si á su tremendo edificio,
Con no ser vanas las piernas,
Apenas pueden sufrirlo?
Seis roscas hace en su cuello
(Señor, con perdón sea dicho)
Una papada espantable
Cual nunca se vió en cochino.
Así extrañar no se debe
Que sus ruegos sean rollizos,
Sus pretensiones de plomo,
Su labia á macha-martillo.
Vuestra dignación implora,
Y os suplica, arrepentido,
Que ó le rebaneis las carnes,
Ó le troqueis el oficio.
Cuando del clarín sonoro
Suena el eco repetido,
Que llama guardias y jacos
Al cotidiano ejercicio,
El buen Bernabén se asusta
Y hace en su carnoso risco
Una cruz, como quien dice:
Aquí murió el pobrecito.
Al llegar á su caballo,
El animal, aturdido
De la carga que le espera,
Se lamenta con relinchos.
Cuatro fuertes compañeros
Le empujan hácia el estribo,
Y el colocarle en la silla
Les cuesta afán y suspiros.
El pobre caballo cruje,
Y agobiado y oprimido,
Antes de correr ya suda
Por todo el cuerpo hilo á hilo.
Echa á correr, ¡y aquí es ella!
Embarazado consigo,
Si en sí no manda el jinete,
¿Qué hará en el animalito?
Las riendas se le deslizan,
La pierna cuelga á su arbitrio,
Y la espada fluctuando
Le amaga fajos y chirlos;
Si batir quiere la espuela,
Para mover el tobillo
Baja la mano á la pierna,
Y con ella le da auxilio.
Ahora, señor, vuecelencia
Digame por Jesucristo,
¿Quién pesa más que el caballo
Nació para jinete?
Que aguante un caballo á un hombre,
Es natural y aún preciso;

Mas que sufra á un elefante,
Sólo en Bernabén se ha visto.
Dislocado está sin duda
En su carrera este niño,
Y estará más dislocado
Si sigue en trotar caminos.
No habrá guijarro en las leguas
Que hay de Madrid á los sitios,
En que este devoto guardia
No haya estampado su hocico.
El besa y está besando
A cada paso el pedrisco,
Y de humildad tan notoria
Sólo saca lobanillos.
Su cuerpo pintiparado
Es, por lo pintimolido,
Congreso de cardenales,
Sin que llegue su escrutinio.
¿Qué es verle, señor, qué es verlo,
Cuando su rocín da un brinco,
Caer todo aquel coloso,
Desplomado su equilibrio!
La tierra tiembla del golpe,
Y al formidable estampido
Corre el eco, retumbando
Por los contornos vecinos.
No queda gato ni perro,
En pueblo, aldea ó cortijo,
Que al tremendo batacazo
No responda con aullidos.
El jaco, al verse aliviado,
Alborozado y festivo,
Huye del triste jinete,
Por no volver al conflicto.
Saltando va de contento,
Mientras que el guardia tendido,
Que vengán á levantarle
Clama con lúgubres gritos.
Con palancas y maromas
Acuden muy compasivos
Doce de la comitiva
A hacer que se ponga en pino.
Lo que sudan y trabajan
Para poder conseguirlo,
Dígalos la enorme mole
Del sujeto conabido.
Le empujan, pero ¿qué importa,
Si en las botas embutido,
Bambalea á cada instante
Aquel corpachon macizo?
Así, tieso y vacilando
A modo de dominguillo,
Este honrado Franciscote
Es de la tropa el ludibrio.
Vamos al caso;
Pobre, anciano y enfermizo.
Y lo peor todavía
Es que en el tremendo sitio
Nueve hembras (¡ahí que no es nada!)
Están pidiendo marido.
Una es ciega, y esta pobre
A tientas busca su auxilio,
Mas los bultos se le escapan,
Y yace en eterno virgo.
Otra es tuerta, y aunque á medias,
Divisa á los mozaillos;
Estos dicen que no quieren
Un matrimonio torcido.
Otra en extrañas manías
Destemplados los sentidos,
Es fea y es mentecata,
¡Mirad qué dotes tan lindos!
Las demas forman cuadrilla
De impecables apetitos;
Espanta-novios las llaman,
Por ser espantajos vivos.
En lo que toca á los machos,
Todo, señor, está dieho
Con decir que en machos tocan,
Pues nunca es hombre el no-rico,

ROMANCES.

Con miseria y mendigante
Aquel colegio bendito
Confía en la providencia
De este su hermano Francisco.
Y este su Francisco hermano
Nació en tan siniestro signo,
Que con tener tanta carne
No pudo darles ni un pisto;
Antes bien á cada instante
Remiendo está que asesino
Le despache á la otra vida
En posta un rocín maldito.
Y entonces (dejad, señor,
Dejadme hacer pucheritos),
Que harán la ciega y la tuerta
Y la del seso podrido;
Aquel intacto colegio,
Dispensa (á lo que colijo)
De rancias virginidades
Y gustos enmohecidos?
¿Qué ha de hacer solo á la sombra
De un anciano en cuyo oído
Resuena ya el *Parce mihi*
Con su aparato de cirios?
Como parva de polluelos,
A quienes con ronco tiro
Privó el cazador de madre,
Se derraman fugitivos,
Y azorados y medrosos
Corren al campo sin tino,
Y al fin de fatiga y hambre
Perecen desfallecidos;
Así en este gallinero,
Si de su gallo el abrigo
Llega á faltar (no hay remedio),
Del hambre mueren al filo.
No, señor, cuando en España
Lucen vuestros beneficios,
Tanto, que hasta el rudo pueblo
Los idolatra sencillo,
Cuando de vos no se aparta
Sin socorro el desvalido,
El mérito sin su premio,
El infeliz sin alivio;
Cuando de vuestras bondades
Son tantos los desperdicios,
Que á dos mundos se derraman,
Y aún os sobra para cinco;
No se ha de ver, no por cierto,
Desamparado este hospicio,
Que á Bernabén ha fiado
El Dios de pobres y ricos.
Acomodadle, señor,
En puesto holgado y tranquilo,
Donde sentado trabaje,
Y sentado no dé brinco.
Conceded paz á sus carnes,
Y carne al bando prolijo
De la eterna parentela.
Esto, señor, os suplica
Un cierto fiscal mohino,
Que si persigue á los malos,
Da á los buenos patrocinio.
Y se atreve á suplicarlo
Porque os considera digno
De que los buenos os rueguen
Y os imploren compasivos.
Nadie al diablo le suplica,
Ni él gusta sino de inicuos;
Quien ruega á un hombre de bien,
A Dios le hace parecido.

V.

Señor don Arcadio (1) mio,
A vos, el pastor del Tórnes,
Que sabe cantar dulzuras
Entre escuelas y doctores;

(1) Iglesias.

A vos, que aspiráis al lauro,
Con vivir entre alcornoques;
Docto agraviado de las aulas
Grave gloria de los hombres;
De aquellos, digo, que estiman
Los sentimientos más nobles,
Y aprenden sólida ciencia,
No ciencia fundada en voces;
El desventurado Aminta
Hoy vuestra paz interrumpe,
Tiene enojos y no puede
Dar más que lo que le sobre.
Después de los negros días
En que me vieron conformes,
Con mucha atención las Musas,
Poco atento en las lecciones;
Cuando empeñado en las leyes,
Aprendí en graves autores
Que si delinquen los ricos,
Se han de castigar los pobres;
Y que un leguleyo puede,
Sin que le muerdan temores,
Hacer venta de sus juicios
Y condenar los ladrones;
Por mis pasos mal contados
Vine á parar á la corte,
Donde á buscar vicios vienen
Cuantos sin ellos no comen.
Yo, cuitado, que juzgaba
Que el mérito que dispone,
Es la ciencia para el puesto,
La virtud para el informe;
Dí en ser sabio y en ser bueno,
Y al cabo de mis sudores,
Sé, por fin, que aquí el ser sabio
Equivale al ser buen hombre.
Cantar me mandaba el genio
Ya en un tiempo los furoros
Que hacen más feliz la tierra
Cuando la sangre más corre;
Y acuérdomos que en la greña
Tirándome Cintio entonces,
Me ordenó más altos fines,
Y de tal senda apartóme.
Hoy el hambre, buen Arcadio,
Es Cintio á mis pretensiones,
Que de las ciencias las huye
Y en el empeño las pone.
Saber ganar un empeño
Son letras tan superiores,
Que sólo logra los puestos
Quien su provecho conoce.
No son doctrina y modestia
Para la gloria escalones;
Dáte á conocer al mundo,
Tu fortuna asegúrese.
Dáte á conocer, mas ¿cómo?
De suerte que unidas voten
Las damas que tu peinado
Gran fondo de ciencia esconden.
El mejor juriconsulto
Es el que viste galones;
Los más doctos, los vestidos;
Los más rectos, los olores.
Yo, ignorante, que ser sabio
Quise leyendo Platones,
Y haciendo usura en los libros
En muchas veladas noches,
Tropezando en desengaños,
Notando que se componen
Mal la ciencia y desaliño,
Digo el moderado porte;
Para ser sabio vestime
Ropas de varios colores,
Y cundió mi entendimiento
Hasta los mismos talones.
Con tan profunda doctrina,
Y un amigo que socorre
La elocuencia de mis ropas
Con oportunos loores,
Espero ser en mis artes
Comparado á los mayores,

Entre rotos su Cujacio,
Y entre no lindos un Lopez,
Verdad es que dificultan
Que estos progresos se logren
Otros doctos que aquí yacen
De peinados superiores.
Poetas hay que no deben
Tanto al bipartido monte
Como al monte de su pelo,
Porque es más alto y disforme.
Pero yo, diestro en las mañas
Que aquí por méritos corren,
A varoniles ciudades
Trocaré afeminaciones;
Y muy remilgado en todo,
En mesas, en tocadores,
Pretenderé mis ascensos
A título de monote.
Rociaré de cortesías
Hasta el mismísimo Heródes,
Y más que destruce un reino,
Como á mí no me destruyen.
Estos y otros documentos
Enseña al sabio la corte;
¿Ser quieres feliz, Arcadio?
Ven y á observarlos disponte.

VI.

Musa, mucho hemos pecado;
Y pues que somos mortales,
Justo será que salgamos
De estado tan miserable.
Pues si el demonio te lleva
Después de tantos afanes,
Dime, ¿de qué te sirvieron
Tus gracias y tus donaires?
¿Tú has sido una picarona,
Antojadiza, mudable,
Y en todas tus aventuras
No halló de juicio un adarme.
Atada siempre á los libros,
Como al facistol el chantre,
Diste en la majadería
De ser sabia á todo trance.
No quisistes ni por sueños
Tomar borla de salvaje,
Cuando era una misma cosa
Rebuznar y graduarise.
Escapastes á la Grecia,
Y á la Italia te escapastes,
Del Pindo y del Capitolio
Callejera infatigable;
Y allí hablando con gentiles
Que hoy en los infiernos arden,
Corrompiste en su comercio
Tus candores virginales.
Del señor don Marco Tulio
Pesadísimo petate,
Que es sólo pródigo en prosa,
Grande adobador de frases,
¿Qué te ha valido el comercio,
Cuando á otros ingenios valen
Más oro los solecismos
Que aquel que en la Arabia yace?
Pues de ese Platon sombrado,
En cuyas oscuridades
Sólo se palpan ideas,
Y no el bulto ni la carne,
¿Qué fuiste á buscar, perdida?
Muy docto el bribon, muy grave,
Te amagó con la potencia,
Y chirle después le hallastes.
Pues el pícaro de Horacio,
Bufon de zaino lengüaje,
Que nos agrada y nos trincha
Con sus dichitos puñales,
¿Qué te ha dado sino risa,
Y el sapientísimo ultraje
De que cien potrones zafios
Te birlen las dignidades?